

Lo intercultural ante la prueba de la dinámica entre exclusión e integración social

Daniilo Martuccelli*

RESUMEN

La globalización obliga a la sociología a razonar al margen de lo que, durante mucho tiempo, ha constituido su espacio "natural" de reflexión –la idea de la sociedad nacional. Para poder hacerlo, es necesario establecer nuevas perspectivas de análisis capaces de reflejar la dinámica entre lo global y lo local. El artículo propone una de estas perspectivas mediante el ajuste entre posiciones estructurales, estados sociales y pruebas subjetivas. Sólo será posible estudiar las manifestaciones actuales de la exclusión social y de la diversidad cultural una vez hayamos desplegado esta perspectiva y dentro del espacio intelectual así despejado.

Palabras clave: globalización, interculturalidad, estructura social, diversidad cultural

Plantear la cuestión de lo intercultural de forma articulada con los problemas asociados a los procesos de exclusión supone analizar el vínculo que se establece entre una estructura social, donde las posiciones de grupo son cada vez menos estables, y la consolidación de las aspiraciones al reconocimiento de la diversidad cultural –que se con-

*Profesor de Sociología, Université de Lille. Centre national de la recherche scientifique (CNRS)
- Centre lillois d'études et de recherches sociologiques et économiques (CLERSE) -
Institut fédératif de recherche sur les économies et les sociétés industrielles (IFRESI)
dmartuccelli@nordnet.fr

sideran cada vez más legítimas. La ecuación resulta todavía más difícil de plantear en la medida en que, en muchos ocasiones, los problemas socioeconómicos y las realidades socioculturales tienden a separarse. En ocasiones, incluso se puede tener la impresión de que se trata de fenómenos que no tiene “ninguna” relación entre sí. Otras veces, por el contrario, parece necesario establecer un vínculo de subordinación entre ellos. Al fin y al cabo, la diversidad cultural no es entonces más que un problema episódico frente al drama de la exclusión social. Pero de hecho ni la tesis de la independencia ni la de la subordinación reflejan verdaderamente procesos en curso.

Hay que insistir en realidad en una dinámica particular, constituida a la vez por solapamientos y autonomía. El proceso se desarrolla en dos sentidos. Por una parte, hay que tener en cuenta la transformación de la lógica de las posiciones sociales, el aumento simultáneo de la riqueza de algunos y de la pobreza de otros, lo que refleja en gran parte aislamientos identitarios a los que se ven abocados tanto algunos inmigrantes como algunos autóctonos de las capas populares. La voluntad de protección de algunos se traduce, en efecto, por la “exclusión” de los otros; los obstáculos encontrados en el plano de la inserción socioeconómica radicalizan la expresión identitaria. Por otra parte, hay que estudiar la legitimidad creciente de la aspiración a la reivindicación identitaria que sobrecarga las expectativas de la sociedad contemporánea, que permite a algunos elegir sus gramáticas de vida y encierra, a la vez, a otros en modelos culturales impuestos, lo que, por su parte, acaba incidiendo en el proceso de integración social.

Dicho de otro modo, no hay inteligencia en el desafío de la integración si no se tiene en cuenta este doble movimiento. De esta forma, el análisis sólo es satisfactorio si se consigue articular los dos ejes –ya que el secreto de su inteligencia recíproca radica en el ir y venir entre el uno y el otro. Por consiguiente, y para permanecer dentro de los límites de este texto, a continuación nos centraremos fundamentalmente en las transformaciones de las posiciones sociales. En efecto, a pesar de que los análisis de los fenómenos interculturales a menudo no las tienen en cuenta, son no obstante indispensables para su comprensión.

LO GLOBAL Y LO LOCAL

Durante mucho tiempo, el concepto de “clases sociales” ha permitido considerar que la sociedad estaba constituida por grandes grupos sociales, en torno a una distribución desigual de los recursos y diferentes comunidades de vida. La dinámica de la desigualdad social se reflejaba bien en estas categorías sociales, relativamente bien definidas. Ahora bien, frente a los cambios actuales, en particular los vinculados a la globalización,

cada vez resulta más difícil analizar y describir esta realidad dentro de dichas categorías; resulta insuficiente cernirla exclusivamente a una estructura única de posiciones, y sobre todo limitarse únicamente a las circunscripciones nacionales (Dubet, Martuccelli, 1998).

La situación contemporánea está marcada, y seguirá estándolo durante las próximas décadas, por una creciente tensión entre lo global y lo local. Por una parte, algunas fuerzas y actores de diferente naturaleza empujan hacia la integración global. Por otra parte, se recrean constantemente espacios locales de autonomía o de resistencia. El principal problema, desde el punto de vista histórico, también gira en torno a variantes de la integración de lo local y de lo global en los diversos ámbitos de la vida social¹. La primacía de uno o del otro, en función de las actividades o de las posiciones estudiadas, nunca se transforma verdaderamente en hegemonía unilateral. El lugar tradicional de entendimiento de las posiciones estructurales, el Estado-Nación, es insuficiente, sin dejar por ello de ser pertinente. Por eso, frente a la mundialización, ni la tesis de los escépticos ni la tesis de los hipermundialistas son válidas (Held, Mc Grew, Goldblatt, Perraton, 1999). Si existen tendencias que apuntan a la aparición de una economía global (con la capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria), éstas no se pueden disociar del mantenimiento de una serie de elementos propiamente nacionales o regionales. No todo es global (y no lo será posiblemente tampoco en un futuro próximo), nada es ya exclusivamente local. Pero sobre todo, no todos los ámbitos de la vida social tienen una dinámica parecida: en función de las actividades o de los grupos estudiados es necesario observar, empíricamente, los “grados” en que algo es global y local.

En este trabajo de conceptualización transnacional, es necesario retomar y volver a trabajar sobre categorías tradicionales del pensamiento sociológico. Los análisis en términos de “centro” o de “periferia”, en sus variantes económicas o culturales, ponían de manifiesto períodos de hegemonía estable, caracterizados por fuertes relaciones jerárquicas. La división del trabajo y su traducción espacial daban cuenta, por ejemplo, del desarrollo del centro y del subdesarrollo de las periferias, y este dominio estructuraba de forma durable y más o menos unilateral el sentido y el beneficio de los intercambios —marcados por la asociación analógica entre centro-burguesía y periferia-proletariado. En el ámbito cultural, las formas simbólicas podían así mismo clasificarse en función de su inserción en una hegemonía dominante que se suponía estaba al servicio de los actores centrales. Por supuesto, los mejores análisis no desprecian en absoluto las transformaciones históricas de esta relación, pero se mantienen siempre dentro de sólidas fronteras analíticas entre el “centro” y la “periferia”. Sus relaciones se ven drásticamente alteradas, y en ocasiones invertidas, únicamente en períodos de “transición” o de “crisis”. Surgen entonces nuevos “centros” en beneficio de una contrahegemonía victoriosa de las clases subalternas, de una transformación de los mecanismos de la acumulación del capital, de cambios en el equilibrio geopolítico.

En estos análisis, la mayoría de las veces, lo que condiciona las posiciones estratificadas de los actores es un tipo y una fase de industrialización. Así, por ejemplo, en los estudios clásicos sobre la dependencia de los países del Sur, el papel central se otorga siempre, en “última instancia”, a la industrialización capitalista dependiente. En las versiones extremas, la única unidad de análisis es, a la larga, el sistema internacional en sí mismo, puesto que la posición en el sistema económico mundial (vinculado a la industrialización tardía y a un modo de dependencia política) es la que determina el grado de desarrollo y el tipo de dominación. En las versiones más dinámicas, las diferencias nacionales remiten, pero siempre dentro del marco general de la dependencia, a la especificidad de las trayectorias de desarrollo seguidas por cada país en función de sus variantes internas.

En lo sucesivo, es necesario ir más lejos y reconocer la creciente importancia de factores supranacionales en el análisis sociológico. A pesar de las desigualdades evidentes de poder entre los diferentes actores, la idea de una interdependencia múltiple transforma la capacidad de organización a escala global en sí. La interdependencia multilateral y jerarquizada invita por tanto a complicar, sin anularlo, el concepto de “centro”. A diferencia del modelo de la dependencia, donde mantiene un dominio general sobre el proceso, ningún actor puede regular en lo sucesivo el nivel global y el conjunto de las interdependencias que lo constituyen (Albrow, 1997). Dicho de una forma más sencilla: la globalización es una interdependencia de múltiples redes, o un engranaje de los sistemas sociales, pero el nivel global no es, por su parte, verdaderamente un sistema.

Al modelo de la dependencia, que da prioridad a la relación entre un “centro” y una “periferia”, en realidad habrá que oponer en menor medida un modelo de interdependencia global-local y sin embargo establecer, en función de las situaciones, dinámicas siempre asimétricas entre estos dos modelos. Sobre todo, no hay que olvidar nunca que la dinámica entre lo global y lo local no se produce directamente, sino filtrada, refractada y desviada por una serie de procesos.

POSICIONES ESTRUCTURALES

¿Qué sistema de posiciones estructurales elegir? Aquél que es susceptible de cernir mejor las consecuencias del capitalismo en la era de la globalización. De todas las caracterizaciones históricas, la naturaleza propiamente capitalista de las sociedades contemporáneas es la más importante. De repente, entre las variantes posibles, deben despejarse las escalas de posición, de forma esquemática, en función de la naturaleza de las conexiones o de las desconexiones estructurales de los diferentes actores en este proceso.

La actual fase histórica se presenta, en particular en los países del Norte, como la combinación desigual de un capitalismo “liberado” de las limitaciones de la protección social y el mantenimiento, incluso la renovación, del Estado de la Providencia. Por ello, el análisis debe dar prioridad a un doble principio de la organización de las relaciones sociales. Por una parte, procede de relaciones de producción que ya están en gran medida fragmentadas y, por otra parte, de múltiples relaciones de reproducción definidas en particular en relación con las políticas públicas. Evidentemente, estos dos tipos de organización de relaciones sociales son interdependientes. En todo caso, el eje de las relaciones de producción opone a los grupos dirigentes y los grupos dominados en las relaciones laborales. Hoy en día, los actores situados en este espacio están más o menos expuestos directamente a las limitaciones del mercado en función de sus calificaciones, del ámbito de producción, de la posición de la empresa en la jerarquía de la subcontratación. En este registro, el recurso fundamental de los actores es su poder económico y su posición en los diversos mercados. Por otra parte, el eje de las relaciones de reproducción opone a los grupos superiores, “nobleza de Estado”, y a los grupos protegidos frente a los excluidos, a los que no han podido beneficiarse de los sistemas de protección o sólo recogen las migajas. Aquí, la jerarquía de los grupos sociales se define por la distribución de las posiciones en un amplio conjunto reglamentario de transferencias sociales que constituyen una parte creciente de los ingresos y de la definición de determinados grupos: agentes del servicio público, clases de edad, estudiantes, jubilados, familia. En este registro, el recurso principal de los actores es su influencia política.

A menudo se ha considerado que el proceso de integración de las sociedades industriales reforzaba por sí mismo el acercamiento de estos dos ejes. En los años setenta, el Estado y el gran capital aparecían de este modo como las dos caras de un mismo conjunto, con un Estado industrializador y emprendedor y una fuerte circulación de las élites entre los dos mundos. “Abajo” el proceso parecía ir en paralelo, al establecer mediante la extensión de los derechos sociales, del derecho laboral, de las medidas de redistribución, niveles de vida comparables. Parece en efecto que, hoy en día, estos dos mundos se están separando progresivamente. El primero parece cada vez más “abierto” y “competitivo”, y el segundo cada vez más “cerrado” en sus propias reglas y defendiéndose mediante sus capacidades políticas y sindicales.

De forma esquemática, podemos de este modo distinguir cuatro grandes posiciones estructurales, definidas por el juego entre lo global y lo local, que se desprenden en particular a partir del cruce entre situación y rentabilidad en la competitividad económica, por una parte, y protecciones institucionales por otra parte (en relación con las variantes de esta tipología, véase Hutton, 1985; Reich, 1993; Giraud, 1996; Lipietz, 1998; Castells, 1998; Beck, 2000):

- Los *competitivos*, situados en sectores altamente productivos y que gozan de importantes protecciones.

- Los *protegidos* cuya condición o posición protegen, temporalmente, de las sacudidas más directas de la mundialización.
- Los *precarios*, grupos a los que la productividad o la calificación no protegen de la competición mundial y cuya precariedad del contrato laboral constituye una de las principales “variables” de ajuste económico.
- Finalmente, los *excluidos*, verdaderos “efectivos excedentes” de la economía, situados por debajo de la doble jerarquía: son pobres y están expuestos en el plano de las relaciones de producción, están cada vez menos protegidos por los mecanismos de redistribución y de transferencia que benefician sobre todo a los grupos que disponen de recursos políticos importantes.

Pero este doble sistema estructural (el primero, que opone lo de “arriba” y lo de “abajo”, los grupos dominantes y los grupos dominados; el segundo, que opone el universo de la producción al de la reproducción) y los vínculos que mantienen con los actuales avatares del capitalismo, constituye un nivel insuficiente de análisis. La idea de una pirámide posicional, en particular, bloquea el análisis en una serie de callejones sin salida. La increíble multiplicación de las posiciones intermedias hace que, en efecto, resulte cada vez más difícil saber en ocasiones quién está “arriba” o “abajo”. Las posiciones híbridas aumentan y los actores pueden conocer, de forma simultánea y contradictoria, movilidades “ascendentes” y “descendentes” en diversos ámbitos sociales. En muchas situaciones, por ejemplo, ya no existe verdaderamente una frontera clara entre los asalariados situados definitivamente del lado “bueno” y del lado “malo”, ya que las fronteras entre el núcleo duro y la periferia del empleo son a menudo móviles y están desdibujadas, y las condiciones para pasar de uno a otro se vuelve a definir de forma permanente.

Sin embargo, el problema no radica en “complicar” una jerarquía posicional única. El análisis debe *siempre* distinguir posiciones estructurales, cuyo número es limitado, a partir de unos ejes que se consideran fundamentales, estableciendo una distribución desigual de los recursos y de las coerciones estructurales. Pero este reconocimiento no debe despreciar todo lo que se refiere a las elasticidades contextuales, a la vez en términos de posibilidades y de límites. Es en este espacio de actuación donde hay que circunscribir de forma transversal estas grandes posiciones estructurales, para reconocer las características congénitas de la vida social. Ahora bien, incluso si resultan insuficientes a efectos de los análisis concretos, no hay que obliterar nunca el espacio de las posiciones estructurales. ¿Se puede, de lo contrario, verdaderamente aceptar la imagen de un universo social donde la distribución de los recursos se hiciera de forma “aleatoria”? Pero, del mismo modo, ¿se puede aceptar la idea de que una vez que se han distribuido las cartas de una forma desigual, el juego está necesariamente hecho?

La cartografía estructural es partícipe de una estrategia de investigación, ya que las coerciones impersonales pasan por el análisis de un diferencial de capitales, de recursos, de bienes, cuya distribución desigual puede comprenderse parcialmente a partir de las

posiciones sociales (Bourdieu, 1979 y 1989; Roemer, 1982; Wright, 1985; Mann, 1986). La sociedad está así atravesada por múltiples conflictos en términos de producción o de reproducción, pero está determinada por encima de todo por su carácter de sociedad capitalista. Y lo que explica mejor, en última instancia, la dominación de estas sociedades es el diferencial de acceso al recurso más importante, de naturaleza económica.

El papel de la posición es por lo tanto central en la comprensión de la dominación –pero constituye sólo una fase del análisis. El estudio sociológico necesita postular la existencia de estos grandes lugares objetivamente definidos, pero al mismo tiempo éstos no son ni suficientes ni fijos, sino que están en tensión permanente con otros factores. Dicho de otro modo, hay que disociar dos procesos. Por una parte, se trata de demostrar que la distribución diferencial de la dominación puede estudiarse dando prioridad a algunos grandes mecanismos estructurales. Por otra parte, se trata de dar cuenta, a pesar de las correspondencias estructurales, de la forma en que los individuos, que se encuentran en situaciones similares o diversas, pueden no obstante verse confrontados a desafíos diferentes o semejantes. No se trata de negar toda relación posible, sino de reconocer el carácter no lineal y no homogéneo de su relación. Detrás de la similitud de las posiciones estructurales se esconde en ocasiones una gran divergencia de estados sociales.

De este modo, se impone una distinción suplementaria entre las posiciones estructurales, base de una cartografía social diferente de las categorías puramente administrativas, y los estados sociales de geometría variable que, por su parte, pretenden que los análisis de la igualdad y de la exclusión social funcionen de otra forma.

ESTADOS SOCIALES

Los estados sociales no pueden reducirse a la imagen demasiado simple de una ruptura entre los incluidos y los excluidos, los ganadores y los perdedores, en resumen a un número reducido de posiciones estructurales. Entendida de esta manera, la representación es imprecisa incluso engañosa, ya que oculta la diversidad de los estados sociales existentes en lo sucesivo.

En efecto los estados sociales son demasiado diversos y múltiples para reducirse a una teoría posicional estructural, por muy compleja que ésta sea. Sin embargo, añaden un “nivel” a la comprensión de la dominación, siempre son objetivos; por el contrario, ya no se los puede sobreponer a un análisis en términos de estructura social. Para abarcarlos, no basta con complicar los sistemas de relaciones sociales, sumar los atributos de los actores (clase, edad, sexo, etnia). Es necesario más bien aprender a construirlos a partir de análisis empíricos destinados a comprender, lo más cerca posible de las experien-

cias de los individuos, sus formas de forjarse (o no) espacios sociales protegidos. Los espacios sociales complican de este modo las posiciones estructurales. Detrás de una misma posición estructural es posible detectar estados de dominación muy diferentes.

Entendámonos bien. Las cuatro posiciones estructurales que acaban de presentarse deben ponerse en relación con la naturaleza de las conexiones, su número y sobre todo el grado de control que ejercen sobre ellas, individual o colectivamente, los diferentes actores. De este modo, siempre es posible situar en un extremo a todos los que gozan de buenas conexiones (en términos de empleo, de ingresos, de capacidades, de protecciones institucionales) y que, sobre todo, mantienen un control activo de su situación, desde un punto de vista tanto económico como político. En el otro extremo, todos aquellos que se definen por “malas” conexiones (ingresos limitados), “raros” (poca densidad relacional), “perversos” (vinculados a las actividades informales o ilegales) y que, sobre todo, no ejercen un control activo sobre éstas (porque son en gran medida dependientes de decisiones sobre las que estos actores sólo tienen una limitada incidencia política). En un nivel de generalidad elevado, sería de este modo posible encontrar, aparentemente sin grandes dificultades, un vínculo jerárquico poco problemático entre las diferentes posiciones.

No obstante, un análisis detallado corrige inmediatamente esta lectura. Al margen de una minoría duradera y globalmente protegida, la mayoría de los individuos tiene la sensación de que su posición ya no es impermeable al cambio ni al deterioro social. Las más diversas prácticas de protección aparecen en todos los ámbitos de la vida social. El resultado es por tanto, si nos mantenemos por ejemplo únicamente en este registro, una dinámica particular entre las conexiones económicas globales y la transformación de los principios y de los mecanismos de protección social. El fenómeno es complejo ya que junto a un debilitamiento, incluso en algunos casos un verdadero desmantelamiento, de los derechos sociales, las últimas décadas han sido también escenario de la atribución de nuevas protecciones. De hecho, más que cambios cuantitativos, lo que resulta importante es la modificación de la creciente capacidad de los actores para jugar con los riesgos sociales. A la larga incluso, de forma paradójica, para muchos actores sociales, lo importante ya no es intervenir en los acontecimientos sino aprender a protegerse de las sacudidas del mundo.

Los procesos que se implantan se inspiran de la “lógica de la patata caliente”, y pasan por la creciente capacidad que tienen los individuos y los grupos, en diferentes grados, de orientar los riesgos hacia los otros para asegurar su propia protección. A los conflictos sociales “verticales”, que oponen más o menos abiertamente a los actores sociales al dominio de un actor dirigente, se suman toda una serie de estrategias “horizontales”.

Pongamos el ejemplo del paro. Más allá de sus determinantes económicos, su “distribución” entre los diferentes actores pasa por un conjunto de estrategias larvadas, mediante las cuales un grupo social termina por estar caracterizado como población socialmente de riesgo o candidata a la exclusión social. Al final de este reparto, algunos riesgos de empleo o de paro son mayoritariamente soportados por categorías particulares (los individuos con

poca cualificación o sin titulación, los jóvenes, los inmigrantes, las mujeres, las personas mayores). Estas desigualdades no son sólo resultado de un funcionamiento del mercado, de los precios demasiado elevados, de los bajos salarios o de una falta de cualificación respecto a los nuevos empleos. Este diferencial de “acceso” al paro y de inestabilidad del empleo es resultado también de un arbitrio de las relaciones de producción, derivado de conflictos multiformes que oponen no sólo a los asalariados y a los empleadores, sino también, de forma horizontal, a los diferentes grupos de asalariados (Martuccelli, 2001).

Para dar cuenta de este nivel, el análisis debe por lo tanto tener como objetivo establecer los diversos mecanismos, estructurales o no. Es necesario interpretar los estados sociales presentes inscribiendo las historias de los individuos en este juego múltiple de interdependencias. Más que a un juego de suma nula, nos enfrentamos a efectos en cascada, por parte de actores sociales que se protegen y se exponen de forma diferente. La pluralidad de los estados sociales no anula el fundamento de un análisis estructural sino que obliga a reconocer el diferencial de capacidades que tienen los individuos de protegerse en la práctica del mundo. Las diferencias entre actores proceden de competencias cognitivas diversas (entre los que son susceptibles o no de anticipar los riesgos), de la diversidad de los recursos prácticos de que disponen, del control que mantienen sobre estos procesos fabricándose “burbujas”, “diques”, “prótesis”, pero también de la calidad de los “apoyos” de los que dispone un individuo. Los estados sociales, transversales a las posiciones estructurales, no modifican la situación social “objetiva” de un individuo, sino que designan los modos en que los actores sentirán la dominación en diversas cadenas de dominación. El principal objetivo consiste en llegar a describir de forma concreta y casi singular el efecto de las estructuras sobre las acciones a través de una pluralidad de formas de difracción.

Los estados sociales deben por tanto caracterizarse en cada caso a partir de elementos específicos. Deben ser suficientemente operativos para permitir establecer relaciones, incluso implicar consecuencias en cuanto a la naturaleza de las pruebas a las que han estado sometidos los individuos. A veces, evidentemente, nada impide que una superposición entre una posición estructural y una estado social sea convincente. Pero en muchos otros casos, al contrario, los estados sociales deben definirse de forma transversal a la mayor parte de las posiciones estructurales.

Los estados sociales abren por tanto una cascada de procesos. La “marginalidad” o la “centralidad” sólo son una cuestión de dimensiones que cambian según el ámbito abordado, político, económico, cultural, y la escala adoptada: en función de las perspectivas analizadas, una posición central aquí se convierte, allí, en un lugar marginal. Las figuras de los estados sociales están de este modo subordinadas a la necesidad del análisis, pero siempre serán transversales a las diferentes posiciones estructurales, a su vez ya transversales a los Estados-nación. El análisis exige también romper el muro a menudo artificial de las separaciones sociales o nacionales con el objetivo de establecer otras fronteras más significativas.

LAS PRUEBAS SUBJETIVAS

Si las dominaciones siguen siendo estructurales, la perspectiva de estudio concede una verdadera centralidad analítica a las pruebas personales. Ningún subjetivismo acecha sin embargo este proceso ya que, a pesar de su dimensión “subjetiva”, estas pruebas deben ponerse en relación con posiciones y estados que enfrentan a los individuos de una forma desigual a un diferencial de obstáculos y de posibilidades. Porque si una imputación global de la desgracia propia a un tercero no es siempre posible, las pruebas definen por el contrario, siempre y en todos los lugares, diferentes formas de dominación, de desigualdad y de exclusión social.

En este sentido, hay que reconsiderar las pruebas cotidianas de la dominación desprendiéndolas del peso del imaginario político propio de la sociedad industrial y de la relación general de causa efecto establecida en el pasado entre las diversas situaciones sociales. El análisis no debe ya suponer un vínculo inmediato, mecánico y necesario entre los unos y los otros. Le corresponde a los estudios empíricos circunscribir la naturaleza exacta de las dinámicas, pero junto a situaciones tipo con una articulación homogénea entre los niveles, hay que reconocer *igualmente* la existencia de situaciones de desconexión y de ruptura. En resumen, los individuos se ven confrontados, dentro de estados sociales diversos, a pruebas semejantes, o a la inversa, pueden afrontar pruebas diferentes en el seno de estados sociales semejantes. Y esta dinámica en sí misma ya no puede reducirse a lo que se dirime sólo entre lo local y lo global.

Las pruebas son numerosas, y sin embargo no es imposible deducir una conceptualización de la dominación. Sobre todo, no se trata en absoluto de experiencias o de vivencias subjetivas. Los individuos se ven obligados a afrontar obstáculos diversos, socialmente producidos, diferencialmente distribuidos. Y como ocurre con toda prueba, los individuos pueden, al medirse a ella, “tener éxito” o “fracasar”. Las pruebas no son por tanto “independientes” de las posiciones y de los estados, sino que son heterogéneas en el seno de una misma posición y de estados semejantes. Múltiples, estas pruebas explican los sentimientos plurales que tienen los actores ya que lo que “ganan” por una parte, pueden “perderlo” por otra parte. En todo caso, muchas de sus características sociales e individuales (en términos de género, de edad, de estado de salud, de recursos materiales) adquieren sentido en relación con estas pruebas no directamente, sino a través del estado social que rodea al individuo. El principal problema no es por lo tanto cuantificar los recursos disponibles por los actores sino de levantar acta, en el seno de un estado social, de las pruebas efectivamente vividas por los actores.

De repente ya no resulta imposible que individuos que tienen los mismos recursos y cuya posición estructural puede parecer, calculada en función de algunos indicadores objetivos, en gran medida semejante en términos de desigualdades, puedan no obstante verse enfrentados a pruebas muy diferentes en función de variaciones interpersonales². Y en sen-

tido inverso, y contrariamente a lo que una visión rígida del orden social da a entender, es muy posible que actores que tienen posiciones estructurales y estados sociales que, medidos en términos de desigualdades parecen como objetivamente desventajosos, puedan no obstante experimentar pruebas subjetivas sobre las que demuestran un mayor control y capacidad de acción. Por lo tanto, en lo sucesivo, ninguna imagen simplista puede, por ejemplo, hacer justicia a la complejidad de las relaciones entre los sexos. Si, a partir de indicadores objetivos, en particular en términos de desigualdades económicas o profesionales, y no ya escolares por otra parte, a los hombres les corresponde una ventaja estructural, en cambio, desde un punto de vista más “subjetivo”, ¿cómo no reconocer que en la actualidad son las mujeres las que sacan mayor partido de las transformaciones de los últimos treinta años? (Tabboni, 1992). Esta capacidad de superar mejor las pruebas más materiales de la vida cotidiana, le da a las mujeres una sensación de realización y de control, sin duda particular, pero que no debe despreciarse. Sobre todo, en términos de relación de dominación, hay que reconocer la complejidad o la ambivalencia de la situación contemporánea (Heinich, 2003). Las mujeres, a pesar de las desigualdades de las que son objeto en mayor medida, tienen en lo cotidiano una capacidad de gestión, de decisión y de resolución que contrasta mucho con las vacilaciones y el sentimiento de desposeimiento de muchos hombres. En este sentido, y en mayor medida si pensamos en las repercusiones del movimiento feminista en la vida de las mujeres, es difícil no reconocer el exceso de iniciativa de que gozan hoy en día, en particular a partir de su mayor capacidad de cambiar los códigos de las relaciones humanas. El análisis del diferencial de dominación debe también aprender a razonar multiplicando este tipo de figuras, de procesos simultáneamente ambivalentes y contradictorios, donde se crea una distancia entre las realidades “objetivas” y las pruebas “subjetivas”. Los individuos, incluso si tienen menos capitales y están sometidos a mayores desigualdades, pueden demostrar mayor iniciativa, beneficiarse de estados sociales más protectores y sacar un partido subjetivo mayor de su capacidad para afrontar determinadas pruebas. Por tanto, a la larga, la dominación, en el diferencial que la constituye justamente como tal, sólo adquiere su sentido a partir de estudios centrados en una reconstrucción analítica de diversas pruebas personales, a partir de algunos grandes ejes de análisis. En todos los casos, el modelo de las posiciones estructurales elegidas sólo es un indicador, y sólo permite un entendimiento muy insuficiente de las pruebas vividas por el actor.

De este modo, las pruebas no son nunca secuencias existenciales intemporales que abren la vía a un muy dudoso conocimiento de la condición humana. Siempre deben ponerse en relación con una posición estructural y con un estado social, incluso si sus relaciones no se derivan de éstos de una forma homogénea y clara. Y sin embargo tampoco son ajenas a ello —condensan de forma abreviada una situación histórica de la que forman parte enteramente y sin que se las pueda disociar de ésta. El trabajo de análisis debe justamente permitir al actor comprender, en términos sociales, situaciones que tenía demasiada tendencia a vivir como personales, como los estudios feministas han

sabido, mucho antes y mucho mejor que otro tipo de estudios, demostrarlo. El objetivo es por tanto llegar a socializar estas pruebas, restándoles una parte de su carga negativa, llegando a hacer que dominaciones ordinarias que hoy en día tienen naturalmente tendencia a vivirse como malestares psicológicos puedan, gracias en parte al conocimiento sociológico, volver a ser socializadas. En resumen, se trata de cernir el diferencial de pruebas existenciales socialmente organizadas y distribuidas.

Entre las pruebas subjetivas, las posiciones estructurales y los estados sociales, las relaciones son complejas y múltiples, y van de la subordinación evidente al desprendimiento problemático. Por ello, no se trata en absoluto de cernir la historia al nivel de la biografía, de transformar las tensiones sociales e históricas de una época en pruebas morales y psicológicas. La dimensión histórica no podría en modo alguno reducirse a un drama existencial. Por supuesto, se puede decidir, por razones metodológicas, captar las estructuras históricas a través de las situaciones individuales, apropiándose el análisis de la lógica de coerciones a partir de trayectorias personales. Pero para rendir cuenta de ello de una forma que no sea a partir de pruebas psicológicas y morales, el análisis debe asimismo cernir los diferentes mecanismos sociales que producen estas pruebas –y debe hacerlo de la forma más concreta posible. En resumen, es necesario que la toma de vista “panorámica” vaya constantemente a la par con el “zoom” en “primer plano” y que el estudio se incline a la vez sobre las circunstancias generales de la vida del individuo y sobre sus dramas interiores.

LA DECLINACIÓN DE LAS PRUEBAS

Para cernir estas pruebas, el análisis se ve evidentemente obligado a abordar un gran número de situaciones y de elementos heterogéneos, encontrando la escala correcta y los factores sobre los que centrar el estudio. Es un punto decisivo en la economía general de un proyecto de conocimiento de este tipo. Aunque sea posible identificar una gran diversidad de mecanismos institucionales y de registros analíticos posibles, el estudio debe, para ser operativo, limitarse al examen de un número limitado de procesos, considerados particularmente significativos a la luz de una realidad histórica y social concreta. Para las sociedades industriales capitalistas contemporáneas, es indispensable tener en cuenta, al menos, cuatro grandes ámbitos que se pueden detectar de una u otra forma en toda trayectoria individual: la trayectoria escolar; la relación con el trabajo y la situación de empleo; la relación con el espacio y la movilidad; la vida familiar y privada. La baza consiste en llegar, en el plano de las trayectorias individuales, a despejar un criterio que permita, a través de los ámbitos seleccionados, poner en relación procesos colectivos e historias singulares.

Estos ámbitos no son exhaustivos y no lo pretenden en absoluto. No conseguiremos “rendir cuenta” de un individuo a través de ellos: inevitablemente se desprecia un importante número de aspectos, tanto “íntimos” como “públicos”, a la vez “psicológicos” y “culturales”. La cuestión no consiste en llegar a un posible estudio global del individuo sino en desprender, en un registro que mezcle íntimamente las grandes dimensiones históricas y consideraciones de situación, las principales pruebas subjetivas a las que se ven confrontados de forma diferencial los individuos en cada uno de los cuatro ámbitos seleccionados.

Por supuesto, el análisis no debe, siempre y en todos los lugares, atrincherarse en estos únicos cuatro ámbitos. Por el contrario, todo análisis está obligado a limitarse, en función de un interrogante y de una sensibilidad histórica particulares, a un número restringido de ámbitos y de pruebas. El objetivo es simultáneamente suministrar representaciones sociológicas cada vez más singulares y mantener en el espíritu la exigencia inevitable de desprender perfiles capaces de generar figuras tipo que tengan un alcance general. Por ello, cuando los procesos más episódicos se tienen en cuenta (fragmentación del tiempo cotidiano, sueños y huidas ordinarias, inversiones imaginarias diversas, efectos de las nuevas tecnologías, etc.) deben, para no fragmentar la unidad del análisis (a menos que resulten factores de conmociones fundamentales), tomarse analíticamente a través de sus consecuencias en los ámbitos de actividades seleccionados.

Una trayectoria individual no se puede disociar por tanto de un contexto histórico, de un lugar en la estructura social y de una sucesión más o menos normalizada de las pruebas a lo largo de la vida. Pero, dentro de este triángulo, las relaciones ya no adquieren masivamente ni necesariamente la forma de homologías o de correspondencias estrictas. Si los individuos se ven confrontados a pruebas a menudo comunes, pero repartidas de forma desigual, las superan de forma cada vez más singular, teniendo en cuenta hasta qué punto varía su intensidad en función de los diferentes factores, y hasta qué punto la sucesión de fracasos o de rupturas puede adoptar formas diversas. Y es posible agruparlos para desprender algunos grandes perfiles sociológicos por la naturaleza y la intensidad de las pruebas a las que se ven efectivamente confrontados (y ya no, como en la antigua visión, únicamente por su posición social). El análisis sociológico siempre tiene en cuenta diferencias de clase, sexo, edad, grupo étnico, pero en lo sucesivo las comparaciones se establecen a partir de un número limitado de pruebas, sociales e históricamente significativas.

A la larga, la baza consiste en desprender una gramática sociológica específica gracias a la cual la “vida” se entiende en gran medida a través de una serie de pruebas. Esta actitud es la mejor respuesta intelectual posible al desafío contemporáneo planteado por la singularización de las trayectorias. Si, en efecto, es sin duda absolutamente exagerado decir que los individuos carecen de pertenencia de clase, por el contrario es cierto que, en lo sucesivo, pasan por una fuerte individualización de los destinos. Si pensamos por ejemplo en la trayectoria escolar, es cierto que, cada vez más, el individuo se ve obligado a descubrir, mediante signos personales, y a partir de su propia trayectoria biográ-

fica, su destino social. Este último ya no aparece como un horizonte “natural” de socialización. Por el contrario, el individuo se va a ver obligado a “apropiárselo” tras una serie de pruebas y, en su caso, de fracasos. Este punto tiene una importancia todavía mayor en la medida en que, en ocasiones, en este registro puede establecerse una distancia entre los datos macrosociológicos y las vivencias individuales. Desde el punto de vista de las estadísticas, puede que la reproducción de conjunto de las posiciones sociales no se modifique profundamente, pero su significación subjetiva, por su parte, sí se transforma. El individuo ya no es el supuesto heredero de una posición social, se le hace responsable de adquirirla mediante una trayectoria escolar. El individuo no se “libera” nunca enteramente de la influencia de su origen social, pero cuando ésta le “alcanza”, es en forma de una sanción vivida como “personal” (Dubet, Martuccelli, 1996). Porque si ningún individuo es autor de las pruebas a las que se ve sometido socialmente, cada uno puede demostrar iniciativas importantes en la producción de sus estados sociales.

PROCESOS SOCIALES Y DIVERSIDAD CULTURAL

Despreciar lo que antecede hace imposible cernir la naturaleza exacta de los desafíos planteados por lo intercultural. No tener en cuenta estos factores conduce a silenciar una paradoja actual fundamental. Las sociedades contemporáneas son sociedades que se diferencian culturalmente probablemente en un menor grado que las sociedades industriales de antaño, que estaban atravesadas por importantes diferencias culturales, regionales, religiosas o comunitarias. En este plano, teniendo en cuenta la fuerza de circulación de los modelos culturales gracias a los medios de comunicación de masa, la cuestión ya no tiene prácticamente sentido: las sociedades contemporáneas son “fábricas” de asimilación cultural en proporciones antes nunca alcanzadas por ningún otro tipo de sociedad.

Lo que cambia en el contexto actual es que las diferencias están en lo sucesivo investidas por los individuos como la expresión de identidades propias. El deseo de afirmarse en el espacio público, de ser reconocido por lo que “se es”, se convierte en un requisito importante, sobre todo en la medida en que lo que los individuos “hacen” define cada vez menos, a sus propios ojos, lo que “son”. En ocasiones, son los grupos de excluidos los que adelantan estas interpelaciones identitarias, en otras ocasiones, se trata de grupos socialmente integrados; en un caso puede tratarse de minorías, en otro caso de un grupo mayoritario, como puede suceder con las mujeres. Lo que resulta nuevo y sobre todo legítimo es esta demanda. De un tema prácticamente marginal, hace algunas décadas, el reconocimiento de la alteridad cultural e identitaria está convirtiéndose en una exigencia inevitable en la democracia.

Pero este proceso cultural, sin reducirse, debe entenderse con el telón de fondo de las transformaciones sociales que acabamos de evocar. Lo que hace que lo intercultural sea una prueba suplementaria de la vida moderna es el encuentro de estas dos series de fenómenos sociales y culturales, en ocasiones independientes. Es decir que este proceso no afecta ni únicamente ni principalmente a los inmigrantes –ni tampoco únicamente a los intercambios con ellos. Se trata de un proceso mucho más general que, más allá de unos crispamientos étnicos o xenófobos, aparece como un cambio estructural de las sociedades actuales. Por supuesto, esta aspiración, más o menos común a todos los actores, no se deriva en absoluto de la misma forma en función de los contextos nacionales, de las posiciones estructurales o de los estados sociales. Pero la prueba, por su parte, tiene en lo sucesivo tendencia a generalizarse.

El reconocimiento de la diversidad cultural en el espacio de la democracia no lleva en absoluto a la fragmentación comunitaria. Por el contrario, este peligro aparece menos como un residuo cultural del pasado, y cada vez más como la expresión del fracaso de un proceso de integración política y económica. Por ello, sin reducirse a esto, ya que se ve llevado por fuerzas de transformación propias, el fenómeno de la afirmación identitaria y los desafíos interculturales que plantea, deben ser analizados en interrelación con las grandes transformaciones estructurales en curso. Únicamente así será posible interpretar el juego cruzado entre el deseo de reconocimiento cultural y el temor de la caída social o entre las demandas múltiples de respeto personal y la eliminación dirigida de las protecciones colectivas.

Notas

1. Es aquello que Robertson denominó como la “glocalización” (Robertson, 1992). Beck fue más allá y subrayó, con razón, que la globalización es un fenómeno que sólo existe en el ámbito local, y transforma la noción misma del lugar.
2. Recogemos así, con un sesgo particular, la revisión que hizo Sen de las desigualdades, que muestra que no se puede examinar el peso de las desigualdades sociales más que en referencia a otros marcos más amplios en cuanto a la interpretación. Desde entonces, es totalmente necesario especificar en que campo, y a partir de qué objetivo, vamos a evaluar y comparar las desigualdades (Sen, 1992, principalmente el capítulo 7).

Referencias bibliográficas

- ALBROW, Martin. *The Global Age*. Stanford: Stanford University Press, 1997.
- BECK, Ulrich. *What is globalization?* (1997). Oxford: Blackwell, 2000.
- BECK, Ulrich. *The Brave New World of Work*. (1999). Cambridge: Polity Press, 2000
- BOURDIEU, Pierre. *La distinction*. Paris: Minit, 1979.
- BOURDIEU, Pierre. *La noblesse d'Etat*. Paris: Minit, 1989.
- CASTELLS, Manuel. *La société en réseaux*. (1996). Paris: Fayard, 1998.
- DUBET, François; MARTUCCELLI, Danilo. *A l'école*. Paris: Seuil, 1996.
- DUBET, François; MARTUCCELLI, Danilo. *Dans quelle société vivons-nous ?* Paris: Seuil, 1998.
- GIRAUD, Pierre-Noël. *L'inégalité du monde*. Paris: Gallimard, 1996.
- HEINICH, Nathalie. *Les ambivalences de l'émancipation féminine*. Paris: Albin Michel, 2003.
- HELD, David; MCGREW, Anthony; GOLDBLATT, David; PERRATON, Jonathan. *Global Transformations*. Cambridge: Polity Press, 1999.
- HUTTON, Will. *The State We're in*. Londres: Vintage, 1985.
- LIPIETZ, Alain. *La société en sablier*. Paris: La Découverte, 1998.
- MANN, Michael. *The Sources of Social Power*. Vol.1. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- MARTUCCELLI, Danilo. *Dominations ordinaires*. Paris: Balland, 2001.
- REICH, Robert. *L'économie mondialisée*. (1991). Paris: Dunod, 1993.
- ROBERTSON, Roland. *Globalization*. Londres: Sage Publications, 1992.
- ROEMER, John. *A General Theory of Exploitation and Class*. Cambridge: Mass., Harvard University Press, 1982.
- SEN, Amartya. *Inequality Reexamined*. Oxford: Oxford University Press, 1992.
- TABBONI, Simonetta. *Costruire nel presente*. Milan: Franco Angeli, 1992.
- WRIGHT, Erik Olin. *Classes*. Londres: Verso, 1985.